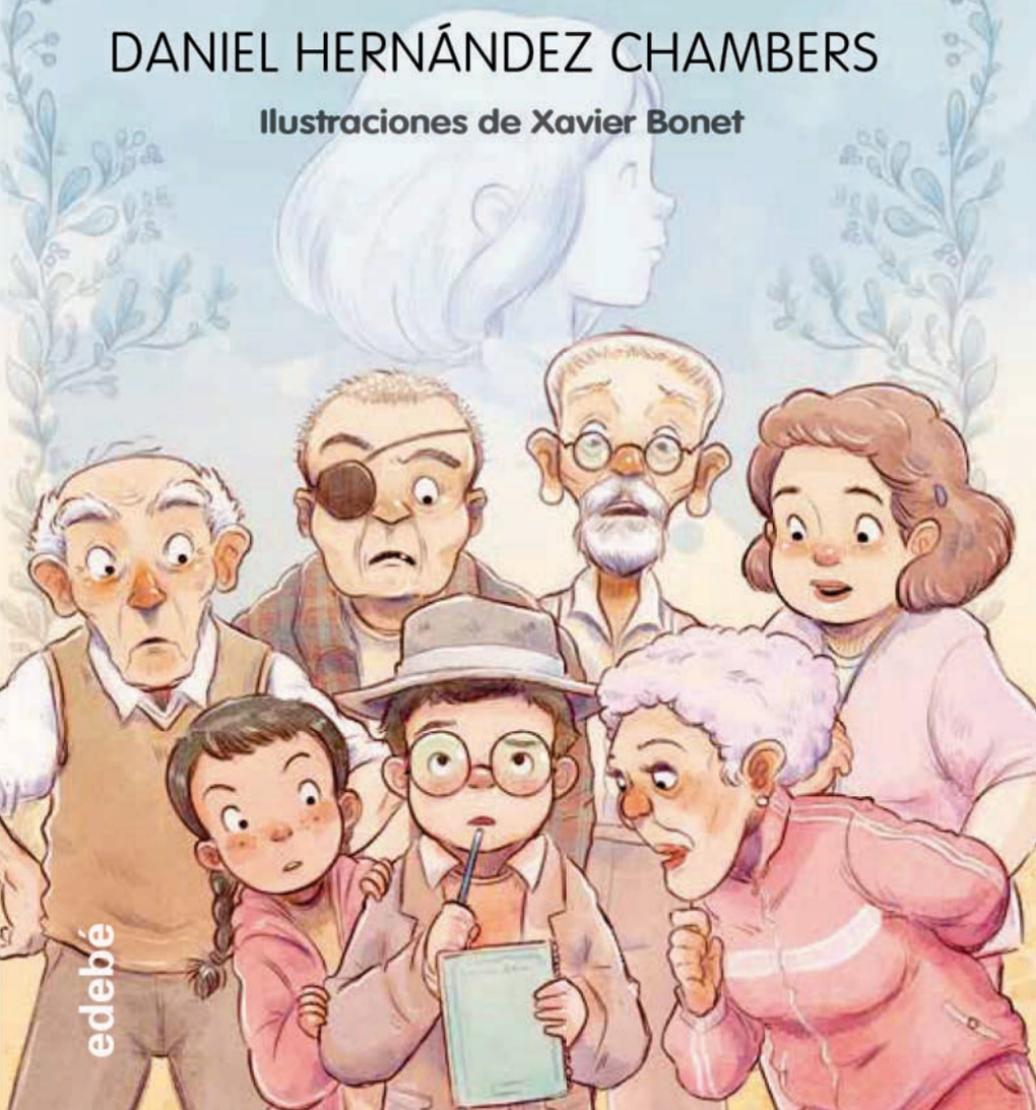


El álbum de palabras de Elvira

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

Ilustraciones de Xavier Bonet





El álbum de palabras de Elvira

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

El álbum de palabras de Elvira

Ilustraciones de Xavier Bonet

edebé

© Texto: Daniel Hernández Chambers, 2023
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria
© Ilustraciones: Xavier Bonet, 2023

© Ed. Cast.: Edebé, 2023
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición, septiembre 2023

ISBN: 978-84-683-6374-5
Depósito legal: B. 4672-2023
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Tobías se sentó frente a Samuel, al otro lado de la pequeña mesa de la cocina sobre la que el anciano pelaba con destreza y parsimonia una manzana. La piel roja de la fruta formaba una única tira que colgaba entre sus dedos, como una serpiente.

El niño abrió su libreta de tapa azul y hojas cuadriculadas, colocó encima su bolígrafo, también azul, se quitó las gafas, echó su propio aliento en los cristales y los limpió con el borde de la camisa del pijama. Pasaban ya las once, pero era domingo y eso significaba que no había

prisa ninguna por vestirse. Por último, sacó del bolsillo de su bata la vieja pipa de madera de brezo de la que se había adueñado sin encomendarse a nadie ni pedir permiso. La había encontrado en el fondo de un cajón en el que sus padres guardaban papeles y fotos de hacía años, que ya no revisaban nunca, y había decidido quedársela.

Se puso la boquilla entre los labios y cerró su mano izquierda en torno a la cazoleta, con el gesto serio que le adivinaba a Sherlock Holmes* cuando se disponía a meditar sobre el enigma que lo tenía ocupado.

* Sherlock Holmes es un detective privado de ficción creado en 1887 por el escritor británico Arthur Conan Doyle. Es un personaje inglés de finales del siglo XIX que destaca por su inteligencia, su hábil uso de la observación y el razonamiento deductivo para resolver casos difíciles.

—Veamos, caballero —comenzó, provocando que Samuel arquease sus pobladas y canosas cejas y lo mirase intrigado justo en el momento en que terminaba de pelar la manzana.

El viejo sonrió y cortó un trozo de la fruta para llevárselo a la boca.

—Usted dirá —repuso.

Tobías lo apuntó con la boquilla de la pipa.

—Cuénteme esa historia de la bruja.

—¿Otra vez?

—Y las que haga falta, caballero. Y hágalo despacio para que pueda tomar notas.

—¿Qué le interesa más, el nacimiento o lo que vino después?

—Ambas cosas, en realidad. Pero empiece por el nacimiento.

Samuel se lo tomó con calma, a sus años necesitaba poner en orden sus ideas antes de hablar durante largo rato.

—El... día... era...

—¡No tan despacio!

El viejo soltó una carcajada.

—Pensaba que se trataba de un dictado.

—Venga, habla normal, y si ves que me pongo a escribir, haz una pausa.

—A sus órdenes. —Se llevó el tercer trozo de manzana a la boca y esperó hasta haberlo masticado y tragado antes de proseguir—: El día era...

Gris. El día era muy gris, con una gasa de bruma que bajó de las montañas al amanecer y se hizo cada vez más densa. Rogelia tuvo el presentimiento de que ese sería



el día en que daría a luz por segunda vez. Se equivocó por tres minutos, según el reloj de don Zacarías, el médico al que avisaron con urgencia cuando ya se disponía a meterse en la cama: Elvira nació ciento ochenta segundos después de la medianoche.

Al principio, su silencio inquietó a don Zacarías, a Rogelia y a las tres vecinas que se habían ofrecido a ayudar. Hasta que comprobaron que el bebé tenía los ojos abiertos y respiraba, aunque no lloraba. Una de las mujeres murmuró:

—Es la hora de las brujas. —Y se sintió, con un estremecimiento.

Enseguida llegó a oídos del pueblo entero, como siempre sucede en las poblaciones pequeñas. A primera hora de la mañana ya lo sabían todos, no solo que Rogelia ha-

bía tenido una niña, sino que Elvira había ido a nacer en silencio en plena hora de las brujas.

Había una tradición local de brujería en la Edad Media y todos habían contado o escuchado historias de aquelarres. A Elvira la apodaron «la Brujita», aunque era más un sobrenombre cariñoso que otra cosa. Sin embargo, durante su niñez las habladurías no cesaron. En buena medida porque ella misma se divertía provocándolas.

Como la vez que se perdió en el bosque, y, cuando la encontraron horas más tarde, dijo que la había cuidado una mujer muy agradable y muy anciana, con la piel cuarteada como la corteza de un roble y varias hojas secas y agujas de pino enredadas en el pelo. Aseguró que esa extraña mujer

podía hablar con los pájaros y que conocía la edad exacta de cada árbol.

O la ocasión en la que una borrasca se quedó inmóvil sobre el pueblo durante tres días con sus tres noches, descargando sin cesar un torrente de lluvia acompañado por un vendaval que aullaba con furia y amenazaba con arrancar los tejados. Elvira abrió la puerta y salió a la calle, levantó la mirada al cielo y gritó:

—¡Ya está bien! ¡Para de una vez! ¡No quiero más lluvia!

Varios vecinos la vieron allí empapada, y muchos otros oyeron sus gritos. Su madre salió, alarmada, y se la llevó de vuelta adentro. Pero, ya fuera casualidad o no, en cuanto cerró la puerta de la casa, la lluvia cesó de golpe.

Algún tiempo después, la Brujita se quedó huérfana...

—¡Alto ahí!

Samuel levantó las manos como si la orden se la hubiera dado un agente de policía y tuviera que demostrar que estaba desarmado.

Tobías releyó lo último que había escrito y subrayó aquella palabra.

Huérfana.

—¿Cómo se quedó huérfana?

—Ehh..., creo, detective, que es mejor que eso se lo pregunte usted a Basilio.

—¿Basilio? ¿Se refiere usted a Basilio Gómez Torres? ¿El mecánico?

—El Mecánico, el Manitas, el Chapuzas, el Tuerto, el Grillo...

A Tobías se le escapó una sonrisa, pero enseguida la borró de sus labios.

—Facilíteme las cosas: ¿dónde puedo dar con él?

—Bien, cuando salga usted de aquí, por la puerta principal, no la de atrás, verá que en ella hay un número dorado. El 43. Tendrá que buscar el 51. Allí encontrará al Grillo.

Tobías anotó las instrucciones y rumió, en voz baja:

—¿Por qué siempre tiene que ser todo tan complicado?

—¿Continúo? Lo digo porque ya casi había terminado.

—Continúe.

La Brujita se quedó huérfana. Fue a los ocho años, o quizá a los nueve. Pero no

tardaron en adoptarla. Fueron sus padres adoptivos los que la llevaron a la ciudad y la alejaron del pueblo. Y ya nadie volvió a pensar de ella que podría ser una bruja.

—¿Nadie?

—No, yo creo que no.

Más tarde, en su cuarto, Tobías repasó sus notas y quedó bastante satisfecho con su capacidad de seguir el hilo del relato mientras Samuel hablaba a un ritmo irregular, por momentos pausado y por momentos acelerado, como si los recuerdos se acumulasen en su cabeza y pugnasen por salir a borbotones. Apenas se le habían colado unas pocas faltas de ortografía, unas tildes aquí y allá, alguna hache que no había puesto o que sí ha-

bía puesto, pero no donde correspondía. Corrigió todos los errores que encontró como si se tratara de una tarea para clase y, luego, se vistió, dobló el pijama y lo metió debajo de la almohada.

Volvió a coger la libreta, el boli, la pipa, y salió de la habitación.

Cruzó el pasillo que bordeaba la sala de estar y comunicaba con el vestíbulo, abrió la puerta y salió. Al cerrarla de nuevo, se fijó en la inscripción dorada que indicaba el número de la calle, el 43. Hacia su izquierda los números descendían en una sucesión de impares: 41, 39, 37. Y hacia la derecha aumentaban en el mismo orden, con lo que cuatro puertas más allá, en esa dirección, se hallaba la 51.

Pulsó el timbre.